

UNA VIDA

Eduardo Robert Melgar Córdova* **

*Elle est retrouvée!
Quoi? l' Éternité.
C'est la mer méléé
Au soleil.
Rimbaud.*

Se apoyó en el barandal, depositó su flamante cartapacio sobre el suelo enlozado, y escudriñó con ojos interrogadores al mar.

Encendió un cigarrillo, el viento jugueteó por unos instantes con su agrietado rostro. Nada había cambiado, estaba allí como siempre lo había recordado: callado, espumoso, amigo.

Te añoraba, ya casi nadie conversa en secreto conmigo....

¿Cuanto tiempo había pasado?

Treinta, quizá cuarenta años desde aquella ocasión en que se detuviera a la mitad de su caminata, y se dirigiera hacia él con pasos cansados. Intentó pensar en quién fuera su jefe, ¿Cual era su nombre?

“Elías, Doctor Elías Zumaeta Belgrano”, recordó. Y de improviso como en un sueño, se le vinieron a la cabeza una serie de imágenes que había ido almacenando al interior de su mente.

Entonces se vio a sí mismo, sentado, con un terno descolorido y con los puños de la camisa deshilachados, asfixiándose en medio del horrible calor de febrero que sofocaba cada uno de los ambientes del estudio Martínez Zumaeta abogados, intentando concentrar su acción

* Alumno de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

** A Julio Ramón Ribeyro.

en el recurso que preparaba y no en la historia para el nuevo cuento que se le acababa de ocurrir.

“Todos almorzaban en el restaurante de la esquina, mientras yo llevaba mi almuerzo en un tarro”, recordó con nostalgia. Y descubrió sorprendido, que después de tantos años, todavía llevaba almacenada aquella vergüenza injustificada y tonta: Temía notaran que siempre llevaba menestras”, confesó para sí.

Casi había olvidado esas monótonas tardes que siguieron a la emoción de su repentino ingreso. El sutil desengaño que se fué apoderando de sí, los interminables viajes del estudio al juzgado y del juzgado al estudio. La podredumbre del sistema puesta de manifiesto en su mayor extensión: los pasadizos oscuros, las escaleras roídas, los argumentos gastados, la parsimonia, y malidicencia de los secretarios, los plazos interminables, las escaramuzas legales, las sucias jugadas, las rivalidades con tinterillos y procuradores, los jueces vendidos y ese par de pétreos leones descansando en la entrada que siempre parecían mofarse de él.

Y se descubría en cada momento por algún lóbrego corredor, leyendo una que otra novela que siempre sabía ocultar entre los pliegues de su saco; o escribiendo furiosas historias a hurtadillas del Juez, mientras aguardaba su llamado para la audiencia.

“Treinta, quizá cuarenta años desde aquella ocasión”, volvió a pensar, mientras su mirada se regodeaba con las aguas espumosas estrellándose sobre los riscos.

Casi llegué a pensar que morirías, cuando en realidad, sobrevivías oculto al interior de tu cartapacio...

Ya para entonces casi había aceptado ser un peón más, un obrero trabajando a la par del sistema. Redactaba apurado cada una de sus demandas e impugnaciones, sin emoción, como un autómatas. Eludía a sus compañeros en la universidad, huía de sus preguntas, de sus cuestionamientos que veían conjugados en él un modelo a seguir. Nunca se atrevió a confesar lo que en realidad era: un simple robot realizando las mismas labores de manera mecánica.

Prendió otro cigarrillo. Cerró los ojos por unos segundos. Se vislumbró nuevamente, esta vez aplastado frente al escritorio del doctor Zumaeta, en medio de aquellas paredes ornadas con candelabros y cuadros; observando fijamente su rostro y prestando atención a cada una de las palabras que salían de su boca. “Usted ha sobrepasado los límites de nuestra paciencia, Rivera. Nuestro estudio requiere de practicantes

comprometidos y serios. Es bueno que tenga afición de escritor, hasta yo de muchacho le escribí una veintena de poemas a mi mujer cuando era estudiante; pero en lo sucesivo, digo, si quiere ser un buen abogado, le recomiendo que se dedique a escribir únicamente buenos recursos. Uno no come buenas historias, sino de los alegatos bien hechos y de los casos ganados”.

Tocó con la punta del dedo el extremo del cigarrillo. Las cenizas se desprendieron y se dejaron llevar por la brisa. Recordó aún más aquella mañana: había caminado sin sentido, como bebido, con las palabras del Doctor Zumaeta taladrándole los oídos. Sus pies hollaron la hierba. Las puntas de sus zapatos se cubrieron de polvo. Abajo, el acantilado se apuntaba hacia el mar; ese mar que iniciaba a ser mudo testigo de la humillación que acababa de sufrir, ese mar que habitaba frente a sí como un confidente de sus sueños más caros, de sus más logradas historias, de sus mejores intrigas; ese mar que había sido desde la infancia su fiel compañero, su padre y su guía.

Me gusta cuando abres los ojos bien grandes y dejas que tu mirada se pierda en mí...

“Somos tan parecidos”, pensó, “nunca decimos nada, y sin embargo, nos conocemos tanto”.

“Era joven, joven y tonto”, se dijo.

Casi al instante le pareció observarse sentado frente al borde del acantilado, con las piernas bamboleándose en el aire y el terno raído salpicado de tierra y pasto recién cortado, destruyendo lloroso cada una de las historias en las que había invertido tantos sueños y esfuerzos; al tiempo que observaba cada uno de los pedacitos de papel, llevados retazonadamente por el viento, trazando círculos en medio del aire.

“Hasta pensé en acabar con mi vida”, recordó sonriendo.

Y se iban por el aire sus mejores escritos, aquellos en los que había depositado todas sus ilusiones de narrador joven.

“Pero eran sólo sueños de muchacho”, dijo para sus adentros, alejando de sí aquellas imágenes.

“Uno no puede pasarse la vida escribiendo historias para los demás, uno debe dedicarse a escribir su propia historia”, sentenció. Y alguien que pasaba por

allí dijo: "En la vida nada es gratis" y él pensó: "Es la verdad".

Alargó el brazo, el rolex quedó al descubierto. "Las tres menos quince", leyó en él.

Suspiró. Ya casi debía volver.

Pensó en la ruma de papeles y documentos por revisar que lo esperaban sobre su escritorio; en su secretaria, aquella bonita muchacha que no sabía nada de computación pero que tenía unas piernas magníficas; en sus quince colegas, cada uno más servil que el otro, comentándole a cada momento la inmejorable calidad de su último artículo publicado en la Gaceta Jurídica, en sus practicantes, esa casi docena y media de rostros ajenos cuyos nombres ni siquiera sabía; y en su espejo, su gigantesco espejo de marco dorado situado frente al despacho, devolviéndole a cada minuto la imagen de un viejo pelado y con cara de pasa, enfundado en un terno de seiscientos dólares.

Ahora era suya, suya finalmente. Su propia oficina llena de cuadros y adornos. La vistosa oficina del socio principal del estudio Martínez, Rivera y Zumaeta abogados.

Aún eres aquel jovencuelo de terno gastado y camisa deshilachada que solía conversar conmigo valiéndose del viento.....

Miró nuevamente su reloj. "Las tres", casi oyó, le decía "debes volver".

Se apartó de la baranda lentamente, recogió su cartapacio del suelo. Se alejaba. Luego se detuvo y regresó sobre sus pasos. Observó con ojos escrutadores el mar. Entonces lo sintió. Como un suave bullicio que provenía de las aguas y que subía por la pendiente hasta estrellarse en su cuerpo. Y hasta le pareció escuchar un delicado reproche que provenía del viento salpicándole de arena el rostro y cubriéndole de un sabor salado. Luego saltó. Y fue feliz un instante. Después ya no pudo ver nada.

*

La gente que esa hora pasaba por el lugar, le informó a la policía que un elegante hombre maduro saltó por la baranda hacia el mar después de una prolongada contemplación.

Las autoridades no encontraron motivos para justificar la intempestiva muerte del exitoso abogado José María Rivera. Los peritos que llegaron a los pocos minutos determinaron que lo ocurrido no respondía más que a un desafortunado accidente, un desmayo, un vahido, quizá; concluyeron, producto de la avanzada edad del sujeto.

Fue todo lo que pudieron decir.

*

Son las cinco de la tarde, y el hijo de un pescador se entretiene leyendo casi un centenar de cuentos encontrados al interior de un cartapacio que rescataron de entre las aguas espumosas del mar.